

20/9/59

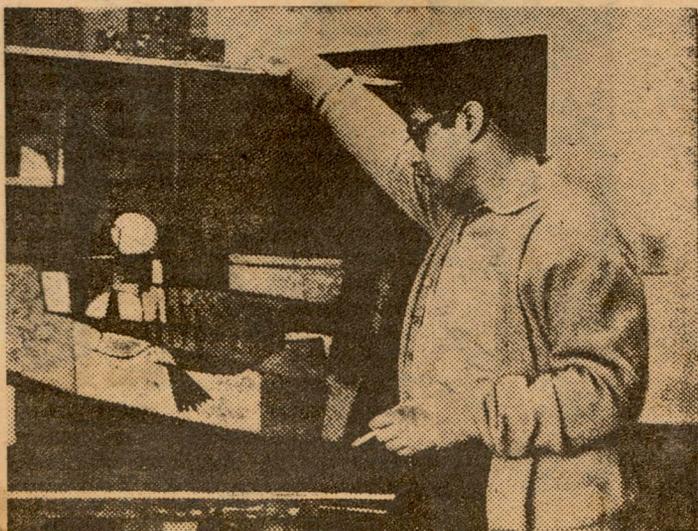
846

Suple. E.C.

La serena pintura de Dávila

Juan Eye

CUANDO Kandinsky aludió a la espiritualidad del arte, de la pintura, hizo hincapié en la función poética del color, en su capacidad de expresar lo incomunicable por otro medio distinto a la simple —y, al mismo tiempo, difícil— sugestión de las armonías cromáticas. Llegó aquel maestro a la "abstracción" sin buscar gráficas particulares que reemplazaran a los temas de la realidad, entusiasmada por la posibilidad de un lenguaje exclusivamente plástico. El debate en torno a la verdad de aquella experiencia, que con tan variada fortuna atraviesa casi todo lo que va de nuestro siglo, ha sido largo. Hoy la dialéctica encuentra su resolución sintética: la figuración puede estar o no estar en un cuadro, y eso no importa en él para considerarlo logrado o no, bello o no. La representación temática es el punto de partida. El artista **desfigura** porque el color así lo exige cuando se lo lleva a los extremos de su eficacia estética.



ALBERTO DAVILA

En un artista peruano que ahora expone en el Instituto de Arte Contemporáneo se ha visto el mismo proceso del famoso pintor ruso a quien se atribuye la creación del arte abstracto. De las primeras telas en las que el dibujo insinuaba un conjunto de objetos, pero en las que el valor plástico radicaba en los valores tonales dispuestos en gamas graduadas, ha venido Alberto Dávila a parar, por la fuerza de su trabajo, en la creación de conjuntos de fina y apacible tersura, cuyo cromatismo se da con una especie de misterioso temblor íntimo. A veces se distingue el pretexto —mesa, pez, agua, botella o lo que fuere—, aunque en la mayoría la desfiguración se ha hecho tan sutil que lo que queda es el espíritu mismo de lo asido, por el pincel, del contorno.

El espectador no tiene por qué preocuparse de esa pérdida si lo que mira es la pintura. Los planos juegan, se combinan, rotan o mezclan sus ráfagas de luz sin iridiscencias, lenta y tensa como en la memoria de un mundo para el cual la verdad es nítida y sin prisas. Puede calificarse esta obra de clásica, en el sentido de opuesta o diferente a la romántica. Aspira a la serenidad de lo absoluto.

La pintura peruana puede enorgullecerse de este artista y de su obra, en cuya ejecución las dudas y las vacilaciones han sido vencidas con el quehacer vehemente de obtener un modo de expresión propio de la pintura, ajeno en igual medida al frío cálculo constructivo o al cálido sentimentalismo grandilocuente.

JUAN EYE.